

Reflexiones sobre la enseñanza de la Lengua y Literatura Españolas

Por CONSUELO BURELL

(Catedrática de Lengua y Literatura del Instituto de Segovia)

No hace mucho en el diario «Arriba» Sabino Alonso Fuego, en un artículo titulado «Objetivo: revisión y promoción de la Enseñanza», nos decía: «De parte del Profesorado no es raro encontrarse con capacidades y dedicaciones dudosas» y pedía «mayor conjunción entre profesor y alumno». Todos los que nos dedicamos a esta noble y desalentadora tarea de la Enseñanza sabemos de qué modos firmes y claras vocaciones se tambalean y enturbian con el paso de los años y de las generaciones que vienen y se van con ese ritmo, lento y rápido a un tiempo, del desfile de la humanidad. Un gran maestro—Marañón—explicó el peligro que acecha al profesor con el desgaste de los años: el cansancio y el desaliento. En su libro «Amiel» dice: «Ninguna actividad sistematizada y repetida influye en la psicología y luego en la vida entera tan hondamente como la rutina de enseñar... enseñar oficialmente, tan a lo largo, es poner cada año en contacto con una generación nueva, abundante y distraída, lo más recogido de nuestra personalidad inmutable y dejar resignadamente que se lo lleven a pedazos. Dar lo mejor de nuestro beneficio de una promoción inevitablemente ingrata. Sentirse envejecer ante un espejo que es cada año más joven y multiplica, por eso, a cada nuevo curso, nuestra decadencia.» ¡Qué verdad! Pero nuestra obligación es lucha contra esto y esforzarnos en mantener esa ilusión primera que Gerardo Diego tan bellamente expresó al dar las gracias en el homenaje que le tributaron al ser nombrado catedrático de Soria

...y así pasarán cursos monótonos y prolijos.
Pero un día tendré un discípulo,
un verdadero discípulo,
y moldearé su alma de niño
y le haré hacerse nuevo y distinto,
distinto de mí y de todos: él mismo.
...brindemos por ese niño,
por ese predilecto discípulo,
por que mis dedos rígidos
acierten a moldear su espíritu
y mi llama lírica prenda en su corazón virgíneo,
y por que siga su camino intacto y limpio.

Todo un programa pedagógico encierran estos versos. Ese único alumno puede justificar todo nuestro trabajo encaminado a hacerle él mismo, a desenvolver al máximo su propia personalidad y a formar su carácter para que sea intacto y limpio.

También Marañón afirma que «lo que importa es enseñar modos. Modos de conducta, modos de aprender que no es recibir los hechos y prenderlos

en la memoria sino saber buscarlos por uno mismo». Pide que «el alumno salga de la Universidad con el alma definitivamente recta» («La Enseñanza en el mundo» artículo publicado en «A B C»). Si al salir de un Centro de Enseñanza Media no se está aún definitivamente formado, si es en este grado de Enseñanza en el que la base de nuestra personalidad se establece. Esta es pues nuestra tarea; ayudar a formarse al alumno, hacerle la emocionada entrega del propio caudal de conocimientos y de nuestra experiencia vital. Si, debe haber mayor conjunción entre profesor y alumno. Que no se atrinchere aquél en su alta tarima, que procure acercarse al alumno y comprender el mundo infantil y juvenil y sobre todo que no lleve a esos mundos su cansado escepticismo ni el desgaste de la ilusión.

Cada día, en la larga sucesión de días que ha sido mi vida profesional, he pensado que lo esencial es comunicarse con el alumno, escucharle, orientarle vocacionalmente. ¡Cuánto puede un profesor influir en esa edad indecisa de la adolescencia que es la de los alumnos de los que profesamos en la Enseñanza Media!

No nos contentemos con informar, formemos además. «Los años de Bachillerato» es el título de una tremenda obra dramática francesa en cuyos protagonistas, no formados sino deformados, es imposible reconocer, afortunadamente, a los jóvenes que a diario tratamos. Mas este título designa una época importantísima de la vida cuando el alma es fácilmente moldeable y ¡no lo olvidemos! puede moldearse para bien o para mal. Por eso si Gerardo Diego cantaba alusionado «y moldearé su alma de niño», Charlotte Buhler en «El problema de la infancia y la maestra» recuerda «todos los niños requieren fiscalización. Su inmadurez los lleva a cometer muchos errores», y Adolfo Mallo (REV. EDUCACIÓN NACIONAL número 12) nos anima a «perder el tiempo» en la observación morosa de la personalidad del alumno y nos advierte de la necesidad de «paciencia infinita del educador».

Al considerar todo esto después de las reuniones del Seminario de Catedráticos de Lengua y Literatura Españolas organizadas por el Centro de Orientación Didáctica de Enseñanza Media, he comprendido que estas reuniones son un acierto como remedio a ese anquilosamiento y dejadez que amenazan al profesor porque en la diaria rutina de la clase va perdiendo sus juveniles entusiasmos. Son estas reuniones un remedio por el intercambio de ideas entre los catedráticos, por la renovación de muchas de ellas que este intercambio ocasiona, por el estímulo y el contagio que supone el encontrar a compañeros que consideran una alegría el hecho de dar clase. Y hay bastantes que sienten así. Es alentador igualmente que el Director General de Enseñanza Media dialogue con nosotros y saber que nuestras opiniones pueden pesar en el ánimo de los que legislan.

En los días de las reuniones, al exponer y discutir las ponencias, me daba cuenta, como nunca, de que la enseñanza de la Lengua y la Literatura es, quizás, una de las que más se prestan a formar la personalidad. Fernando Lázaro en la REVISTA DE EDUCACIÓN NACIONAL (número dedicado al Curso Preuniversitario) opina de este modo: «Lo que confiere un carácter excepcional a los estudios de español es que sobrepasan con mucho.

